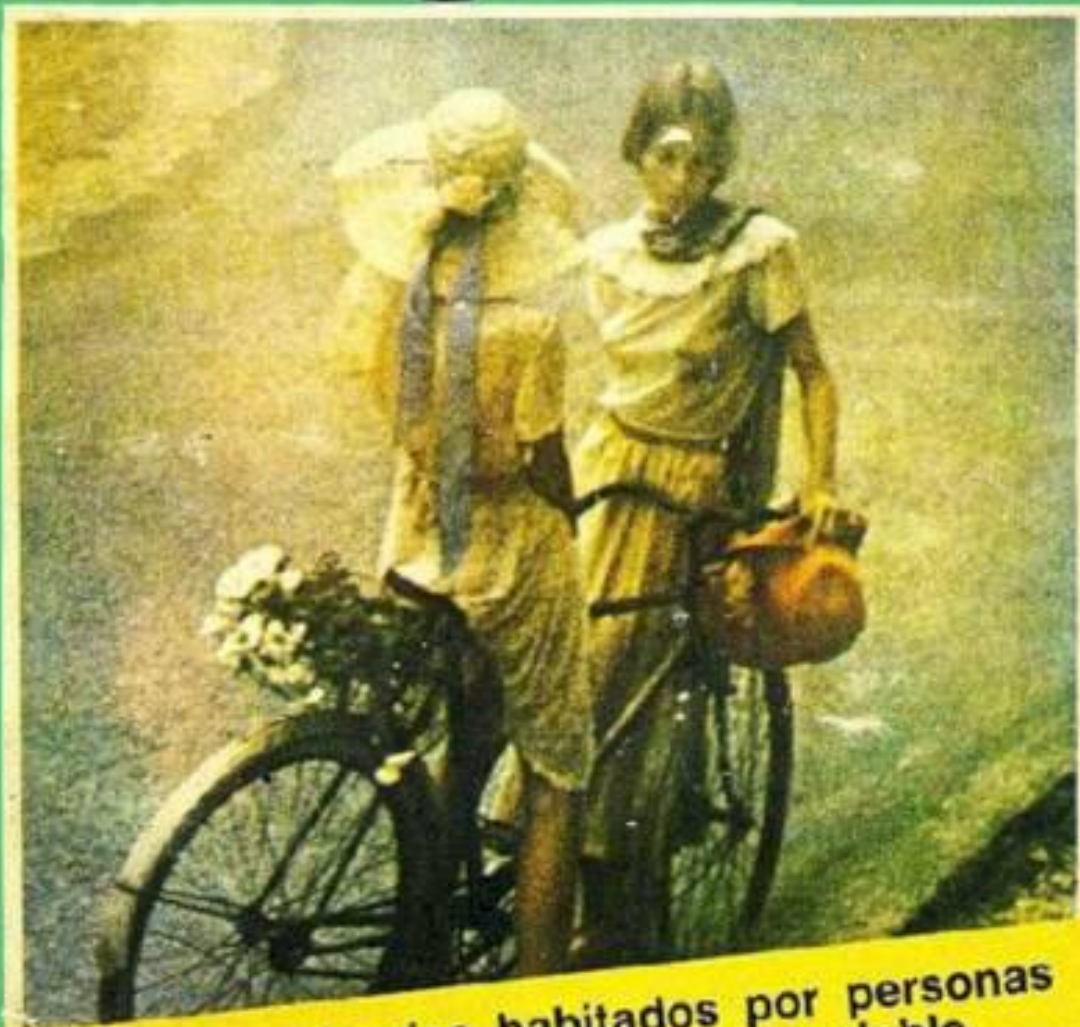


Ursula K. Le Guin
**Países
imaginarios**



Países imaginarios habitados por personas con problemas reales: el insaciable anhelo de libertad humana, los terrores de la persecución, la irreprimible necesidad del amor.

En esta colección de relatos fascinantes, Ursula K. Le Guin revela la misma gracia, el mismo virtuosismo que le ganaron un lugar tan elevado en el ámbito de la ciencia-ficción.

En estos relatos ha creado el hechizo de una serie de países imaginarios habitados por personas imaginarias con problemas reales. Su estilo, mesurado y a la vez deslumbrante de ingenio, puede compararse al extraño encanto de Isak Dinesen. La trama de los relatos avanza y retrocede en el tiempo, pero en ellos aparecen temas constantes: el insaciable anhelo de libertad humana, los terrores de la tiranía y la persecución, la irreprimible necesidad de amor.

La riqueza de la imaginación de Ursula K. Le Guin desborda en «Países imaginarios». Una vez más, esta escritora se revela como uno de los autores más importantes de nuestra época.

“Ursula K. Le Guin ofrece un tomo de relatos hermosamente escritos... encantadores, obsesionantes, infinitos. Ursula K. Le Guin es una hechicera”.

LAS FUENTES

Como le habían dado la oportunidad, sabían que el doctor Kereth tal vez intentara buscar asilo político en París. Por lo tanto, en el avión que volaba hacia el Oeste, en las calles, durante las reuniones, e incluso mientras leía su conferencia en el departamento de Citología, constantemente lo acompañaban desde lejos oscuros personajes que acaso fueran estudiantes egresados o microbiólogos croatas, pero que no tenían nombre ni rostro. Puesto que su presencia no sólo daba distinción a la delegación de su país sino un poco de lustre a su gobierno —fíjense, si hasta lo dejamos venir—, se habían empeñado en que fuera; pero no lo perdían de vista. Estaba habituado a no perderse de vista. En su pequeño país un hombre sólo podía perderse de vista si no efectuaba ningún movimiento, si acallaba la voz, el cuerpo y el cerebro. El doctor Kereth siempre había sido un hombre inquieto y visible. De manera que cuando el sexto día, en medio de una excursión guiada a plena luz, de pronto se encontró a solas, por un momento lo embargó la confusión. ¿Era posible estar ausente con sólo internarse en un sendero?

Esto le ocurrió en un lugar muy extraño. Detrás de él se erguía un caserón desolado y terrible, amarillo bajo la amarilla luz de la tarde. Miles de enanos multicolores se arremolinaban en las terrazas, y más allá un canal azul pálido se perdía en la irreal lejanía de setiembre. Los parques lindaban con bosquecillos de castaños de treinta metros

de alto, nobles, sombríos, traspasados por destellos de oro. Habían recorrido, a la sombra de las arboledas, los senderos donde solían cabalgar reyes pretéritos, pero el guía volvió a conducirlos al sol que relumbraba en los parques y las veredas de mármol. Y frente a ellos, directamente frente a ellos, altas y espléndidas, murmuraron las fuentes.

Gorgoteaban y cantaban a la luz muy por encima de sus cuencas de mármol. Los bonitos y frívolos salones de ese palacio vasto como una ciudad desierta, la indiferencia de los nobles árboles, únicos habitantes adecuados de un jardín demasiado extenso para los hombres, el predominio del otoño y el pasado, todo esto alcanzaba su justa proporción gracias al rumor del agua. Las voces fonográficas de los guías guardaban silencio, los ojos fotográficos de los guiados veían. Las fuentes brincaban hacia lo alto para caer exultantes, y limpiaban los vestigios de la muerte.

Murmuraban durante cuarenta minutos. Luego dejaban de funcionar. Sólo los reyes podían darse el lujo de permitir que las Grandes Fuentes de Versalles funcionaran permanentemente y de vivir para siempre. Las repúblicas debían guardar sus propias proporciones. Así que los altos chorros blancos tartamudearon y se encogieron. Los pechos de las ninfas se secaron, las bocas de los dioses fluviales quedaron negras y abiertas. La voz imponente de los surtidores se convirtió en una tos sofocada y jadeante. El espectáculo había terminado, y por un momento todos se quedaron solos. Adam Kereth se volvió y, viendo un sendero frente a él, se internó bajo la sombra de los árboles y se alejó de las terrazas de mármol. Nadie lo siguió; y fue en este momento cuando él desapareció sin advertirlo.

La cálida luz del crepúsculo yacía entre las sombras del sendero, y a través de la luz y las sombras un hombre y una mujer jóvenes caminaban de la mano. El solitario

Adam Kereth los siguió desde lejos, las mejillas empapadas de lágrimas.

Pronto lo abandonaron las sombras y alzó la mirada para ver que no había sendero ni amantes, sólo una luz tierna y espaciosa y, debajo de él, muchos árboles pequeños y redondos plantados en artesas. Había llegado a la terraza que da sobre la Orangerie. Desde esta altura, hacia el Sur, sólo se veían bosques, y Francia era un dilatado bosque en el atardecer otoñal. Ya no roncaban los cuernos para despertar al lobo o al jabalí cuando el rey iba de carcería; no que daban animales salvajes. Los únicos rastros que podían seguirse en ese bosque eran las huellas de los jóvenes amantes que venían de París en el autobús, paseaban entre los árboles y desaparecían.

Sin ningún propósito en especial, Kereth, que aún no había notado su fuga, vagabundó por las anchas veredas rumbo al palacio, que bajo la luz moribunda ya no era amarillo sino incoloro, como un peñasco en la playa cuando se retiran los últimos bañistas. Desde atrás del edificio provenía un rugido sordo y semejante a una marejada, los motores de los autobuses que llevaban a los turistas de vuelta a París. Kereth se paró en seco. Unas pocas y pequeñas figuras corrían por las terrazas entre las calladas fuentes. La voz de una mujer llamó a un niño a lo lejos, quejumbrosa como el chillido de una gaviota. Kereth se volvió y sin mirar atrás, ahora resuelto y consciente, alerta como quien acaba de robar algo de un mostrador —una pina, un monedero, una hogaza de pan— y lo tiene oculto bajo el abrigo, volvió hacia el atardecer y se metió entre los árboles.

—Esto es mío —dijo en voz alta a los nobles castaños y a los robles, como un ladrón entre policías—. ¡Esto es mío! —Los robles y los castaños, franceses, plantados para aristócratas, no respondieron a esa colérica exigencia republicana pronunciada en una lengua extranjera. No obstante lo protegían con su obscuridad, esa obscuridad cómplice

y taciturna de todas las florestas que han dado amparo a los fugitivos.

No permaneció mucho tiempo en las arboledas, una hora o menos; iban a cerrar los portones y no quería que lo encerraran. No había venido para eso. Así que volvió a las terrazas antes que lo sorprendiera la noche, siempre con el paso firme y sereno de los reyes y los cleptómanos, rodeó el peñasco enorme, pálido, poblado de ventanales, y cruzó la playa de guijarros. Allí todavía resoplaba un autobús, un autobús azul, no el gris que temía Kereth. El suyo había partido. Se lo había tragado el mar, junto con el guía, los colegas, los paisanos, los microbiólogos, los espías. Había partido, dejándolo en posesión de Versalles. Encima de él, Luis XIV, en escorzo sobre una prodigiosa montura, proclamaba la existencia del privilegio absoluto. Kereth miró la cara de bronce, la nariz de bronce desmesurada y borbónica, como un chico que mira a su hermano mayor, con afecto y desdén.

Siguió hasta atravesar los portones, y en un café camino a París su hermana le sirvió vermut en una mesa verde y polvorienta bajo los sicómoros. El nocturno viento de otoño sopló del Sur, desde los bosques, y su perfume era un poco amargo, como el vermut, un aroma de hojas secas.

Hombre libre, fue hasta la estación suburbana por donde quiso y en el tiempo que quiso, compró el pasaje que quiso y regresó solo a París. Nadie sabe en qué estación se bajó del Metro, quizá ni siquiera él mismo, ni por dónde erró en la ciudad mientras estuvo ausente. A las once de la noche estaba apoyado en el parapeto del Puente Solferino, un hombre bajo de cuarenta y siete años, vestido con un traje raído, un hombre libre. Observó el trémulo resplandor que las luces de ese puente y de los puentes más alejados arrojaban sobre el perezoso río negro. Hacia ambos extremos del río, sobre ambas márgenes, se alzaban los refugios: el Gobierno francés, las Embajadas de

los Estados Unidos e Inglaterra. Los había pasado de largo. Tal vez era muy tarde para entrar en ellos. De pie en medio del puente, entre la Rive Gauche y la Rive Droite, pensó: No queda sitio donde ocultarse. No hay tronos, no hay lobos, no hay jabalíes; hasta los leones del África se están extinguiendo. El único refugio seguro es el zoológico.

Pero nunca le había importado mucho la seguridad, y ahora descubría que tampoco le importaba mucho refugiarse, pues había hallado algo mejor: su familia y su heredad. Aquí por fin había caminado en el jardín más vasto que la vida, por senderos previamente recorridos por sus coronados hermanos mayores. Por cierto que después de eso no podía refugiarse en el zoológico. Cruzó el puente y atravesó las oscuras arcadas del Louvre, de regreso al hotel. Ahora, cuando sabía que era un rey y un ladrón y que cualquier parte podía ser su patria, volvía a su propia tierra por mera fidelidad. Hoy día, ¿qué otra razón podía incitar a un hombre? Cruzó el lobby del hotel con pasos majestuosos, sin prestar atención al agente de la policía secreta y ocultando bajo el abrigo las fuentes robadas e inagotables.

1960

EL TÚMULO

La noche cubrió el camino nevado que bajaba de las montañas. La obscuridad engulló la aldea, la torre de piedra del Castillo de Vermare, el túmulo junto al camino. La obscuridad se demoró en los rincones de los aposentos del Castillo, se tendió bajo la gran mesa y sobre cada viga, aguardó detrás de cada uno de los hombres que rodeaban el hogar.

El huésped ocupó el mejor sitio, un asiento que sobresalía a un costado de la chimenea de dos metros y medio. El anfitrión, Freyga, señor del Castillo, conde de Montayna, compartía con todos el calor de las llamas, aunque estaba más cerca del fuego que otros. Miraba fijamente el fuego, con las piernas cruzadas y las grandes manos sobre las rodillas. Evocaba la hora más difícil que había conocido en sus veintitrés años, cuando hacía tres otoños había ido a cazar al lago Malafrena, en las montañas. Pensó en la delgada flecha que un bárbaro había incrustado en la garganta de su padre; recordó el cieno frío que le empapaba las rodillas cuando se hincó ante el cadáver, entre los juncos, en el círculo de montañas oscuras. El agua del lago había agitado un poco el pelo de su padre. Y él había sentido un extraño sabor en la boca, el sabor de la muerte, semejante al bronce derretido. Ahora, mientras oía los cuchicheos de las mujeres en la pieza de arriba, sentía el sabor del bronce.

El huésped, un cura viajero, comentaba sus viajes. Venía de Solariy, allá en las praderas del Sur, donde hasta los mercaderes, según él decía, tenían casas de piedra. Los barones tenían palacios, y fuentes de plata, y comían carne asada. Los vasallos y servidores del conde Freyga escuchaban boquiabiertos. Freyga, que sólo escuchaba para matar el tiempo, fruncía el entrecejo. El huésped ya se había quejado de los establos, del frío, del cordero que había comido en el desayuno, el almuerzo y la cena, del deplorable estado de la capilla de Vermare y del modo en que allí se decía la misa. “¡Arrianismo!”, había murmurado, conteniendo el aliento y persignándose. Al viejo padre Egius le dijo que todas las almas de Vermare estaban malditas: habían recibido un bautismo herético. “¡Arrianismo, arrianismo!”, gritó. El padre Egius, sumisamente, pensó que el arrianismo era un demonio y trató de explicar que en su parroquia nadie había estado poseído salvo uno de los moruecos del conde. El animal tenía un ojo amarillo y otro azul y había embestido de tal modo a una embarazada que la muchacha había perdido el hijo, pero en cuanto lo rociaron con agua bendita el morueco dejó de traer problemas, pues en realidad era un excelente reproductor, y la muchacha, cuya *preñez* no estaba dignificada por el matrimonio, se había casado con un honesto campesino de Bara, dándole cinco pequeños cristianos a razón de uno por año. “¡Herejía, adulterio, ignorancia!”, había clamado el sacerdote extranjero. Ahora rezó durante veinte minutos antes de comer el cordero, degollado, cocinado y servido por manos de herejes. ¿Qué quería?, pensó Freyga. ¿Acaso esperaba comodidades, en invierno? ¿Los llamaba paganos, hablando de ese “arrianismo”? Sin duda jamás había visto un idólatra, esos hombres pequeños, oscuros y terribles de Malafrena y los montes lejanos. Sin duda jamás le habían disparado una flecha pagana. Eso le enseñaría a diferenciar a los idólatras de los cristianos, pensó Freyga.

Cuando el huésped pareció poner un provisional punto final a sus jactancias, Freyga se dirigió a un mozo que yacía junto a él con la mano en la barbilla:

–Cántanos algo, Gilbert.

El mozo sonrió y se incorporó, y de inmediato comenzó, con una voz alta y dulce:

*Marchó delante el rey Alejandro,
Alejandro con armadura de oro,
de oro las grebas y el gran yelmo,
el plaquín de oro remachado.
Vestido de oro llegó el rey,
y convocó a Cristo, persignándose,
en las colinas de la tarde.
El ejército del rey Alejandro
se internó a caballo, magna hueste,
por las llanuras de Persia
para matar y conquistar, siguiendo al rey
en las colinas de la tarde.*

El prolongado cántico zumbaba monótonamente; Gilbert había comenzado en el medio y se detuvo en el medio, mucho antes que Alejandro muriera “en las colinas de la tarde”. No tenía importancia, pues todos lo conocían del principio al fin.

–¿Por qué le hacen cantar sobre reyes paganos? –dijo el huésped.

Freyga irguió la cabeza.

–Alejandro fue un gran rey de la Cristiandad.

–Era un griego, un pagano idólatra.

–Sin duda conoces la canción de modo diferente del nuestro –dijo cortésmente Freyga–. Como la cantamos nosotros, dice “Y convocó a Cristo, persignándose”.

Algunos de sus hombres sonrieron burlonamente.

–Quizá tu sirviente quiera cantarnos una canción mejor –añadió Freyga, pues su cortesía era genuina. Y el sirviente del sacerdote, sin hacerse rogar, entonó con voz nasal el cántico de un santo que vivió veinte años en la casa de su padre, sin ser reconocido y alimentándose de sobras. Freyga y sus vasallos escucharon fascinados. Rara vez tenían la oportunidad de conocer nuevas canciones. Pero el joven calló de pronto, interrumpido por un aullido extraño y penetrante. Freyga, incorporándose de un salto, clavó los ojos en la obscuridad del salón. Entonces vio que sus hombres no se habían movido y lo miraban en silencio. Un débil aullido volvió a escucharse arriba. El joven conde tomó asiento.

–Termina con tu canción –dijo, y el sirviente del sacerdote barboteó el resto del cántico. Cuando terminó, los envolvió el silencio.

–Se está levantando viento –dijo quedamente un hombre.

–Ha sido un invierno malo.

–Ayer, al cruzar el paso de Malafrena, la nieve te tapaba los muslos.

–Ellos lo han hecho.

–¿Quiénes? ¿Los montañeses?

–¿Recuerdan las ovejas destripadas que encontramos el otoño pasado? Kass dijo entonces que era una mala señal. Habían matado para Odne, quiso decir.

–¿Qué otra cosa podía querer decir?

–¿De qué están hablando? –preguntó el sacerdote extranjero.

–De los montañeses, señor cura. Los idólatras.

–¿Qué es Odne?

Una pausa.

–¿Qué es eso de matar para Odne?

–Bueno, señor, mejor no hablar de ello.

–¿Por qué?

–Bien, señor, como usted dijo hablando del canto, mejores son las cosas sacras, esta noche. –Kass el herrero habló con dignidad, sólo alzando los ojos para señalar la pieza de arriba; pero otro hombre, un joven con llagas alrededor de los ojos, murmuró:

–El Túmulo tiene oídos, el Túmulo oye todo...

–¿El Túmulo? ¿A qué se refieren, a ese montículo junto al camino?

Silencio.

Freyga se volvió para encarar al sacerdote.

–Matan para Odne –dijo con su voz serena–, sobre lápidas junto a los túmulos de las montañas. Qué hay adentro de esos túmulos, nadie lo sabe.

–Pobres idólatras, pobres blasfemos –murmuró apenadamente el viejo padre Egius.

–La piedra del altar de nuestra capilla vino del Túmulo –dijo el joven Gilbert.

–¿Qué?

–Cállate la boca –dijo el herrero–. Él quiere decir, señor, que tomamos la losa superior de las piedras que hay junto al Túmulo, una gran losa de mármol. El padre Egius la bendijo y es totalmente inofensiva.

–Una hermosa piedra –acordó el padre Egius, asintiendo con una sonrisa, pero cuando pronunció la última palabra otro aullido vibró en la pieza de arriba. El padre reclinó la cabeza y musitó una plegaria.

–Rece usted también –dijo Freyga, mirando al forastero, quien agachó la cabeza y comenzó a murmurar, mirando de vez en cuando a Freyga con el rabillo del ojo.

El hogar era el único lugar caldeado del Castillo, y el alba los encontró todavía allí: el padre Egius curvado como un lirón entre los juncos, el forastero tendido en su asiento lateral, las manos cruzadas sobre el vientre, Freyga estirado de espaldas como un guerrero caído en el combate. Alrededor de él roncaban sus hombres, quienes dormían sobresaltados y trazaban gestos inconclusos. Freyga

fue el primero en despertar. Abriéndose paso entre los durmientes, subió la escalinata de piedra hasta el piso de arriba. Ranni la partera lo encontró en la antesala, donde varias muchachas dormían con los perros, amontonadas sobre una pila de pieles de ovejas.

–Todavía no, conde.

–Pero ya van dos noches...

–Ah, apenas empieza –dijo despectivamente la comadrona–. Tiene que descansar, ¿no es así?

Freyga le dio la espalda y bajó pesadamente las tortuosas escaleras, agobiado por el desprecio de esa mujer. Y el de todas las mujeres durante todo el día anterior; tenían una cara contraída y severa; no le prestaban la menor atención. Permaneció afuera, expuesto al frío, insignificante. No podía hacer nada. Se sentó a la mesa de roble y hundió la cabeza entre las manos, tratando de pensar en Galla, su mujer, de diecisiete años; hacía diez meses que estaban casados. Freyga pensó en ese vientre blanco y redondo. Trató de pensar en la cara de su mujer pero sólo descubrió el regusto del bronce en su lengua.

–¡Tráiganme algo de comer! –gritó, asestando un puñetazo en la mesa, y el Castillo de Vermare despertó sobresaltadamente de la gris parálisis del alba. Los mozos corrieron de un lado a otro, los perros ladraron, estallaron voces en la cocina, los hombres se estiraron y escupieron junto al fuego. Freyga permaneció sentado, la cabeza sepulta entre las manos. Bajaron las mujeres, de a una o dos por vez, para descansar a la lumbre y probar algún bocado. Tenían la cara contraída. Hablaban entre sí, a los hombres no les dirigían la palabra.

Había dejado de nevar y soplaba viento de las montañas, apilando la nieve contra los muros y los establos, un viento tan frío que cortaba el aliento en la garganta como una navaja.

–¿Por qué estos montañeses, estos sacrificadores de ovejas, no han recibido la palabra de Dios? –Quien habla-

ba era el sacerdote de vientre redondo, dirigiéndose al padre Egius y al hombre con llagas alrededor de los ojos, Stefan.

Titubearon, no muy seguros del significado de “sacrificadores”.

–No sólo matan ovejas –aventuró el padre Egius.

Stefan sonrió.

–No, no, no –dijo, sacudiendo la cabeza.

–¿Qué quieren decir? –La voz del forastero era agria, y el padre Egius dijo, con cierta humildad:

–También... también matan cabras.

–Ovejas o cabras, lo mismo da. ¿De dónde vienen esos paganos? ¿Cómo se les permite habitar en tierra cristiana?

–Siempre vivieron aquí –respondió asombrado el viejo sacerdote.

–¿Y nunca intentó usted acercarlos a la Santa Iglesia?

–¿Yo?

Era una buena broma, imaginar al viejo y pequeño sacerdote subiendo por las montañas; pasó un buen rato antes que se apagaran las carcajadas. Aunque el padre Egius no era vanidoso quizá se sintió algo tocado, pues al fin dijo, con bastante sequedad:

–Ellos tienen sus dioses, señor.

–Sus ídolos, sus demonios, sus como quieran llamarlos... ¡Odne!

–Tranquilo, sacerdote –dijo de pronto Freyga–. ¿Es necesario pronunciar ese nombre? ¿No sabes rezar?

Después de eso el forastero fue menos altivo. Las ásperas palabras del conde habían roto el hechizo de la hospitalidad, y todos lo miraban con expresión huraña. Esa noche volvieron a cederle el asiento junto al fuego, pero el huésped, en vez de estirar las piernas para recibir el calor, permaneció acurrucado.

Esa noche no hubo cantos frente al hogar. Los hombres hablaban en un hilo de voz, silenciados por el silencio de Freyga. La obscuridad aguardaba a sus espaldas.

La quietud sólo era quebrada por los aullidos del viento fuera de las murallas y los aullidos de la mujer de arriba. No se la había oído en todo el día, pero ahora sus alaridos roncós y opacos se repetían una y otra vez. A Freyga le parecía imposible que aún tuviera fuerzas para gritar. Era una muchacha tan flaca y menuda que no podía llevar consigo tanto dolor.

—¡Qué harán esas mujeres, arriba! —estalló. Sus hombres lo miraron sin decir nada—. ¡Padre Egius! Algún mal ronda esta casa.

—No puedo hacer nada sino rezar, hijo mío —dijo el viejo, asustado.

—¡A rezar entonces! ¡Al altar! —Empujó al padre Egius hacia la fría obscuridad, cruzando el patio donde la nieve seca se arremolinaba invisible a voluntad del viento, hasta la capilla. Al cabo de un rato volvió solo. El viejo sacerdote había prometido pasar la noche de hinojos junto al fuego en la pequeña celda que tenía atrás de la capilla. El único que permanecía despierto frente al hogar era el forastero. Freyga tomó asiento y por un largo rato guardó silencio.

El forastero alzaba la frente y pestañeaba al ver que los ojos azules del conde lo miraban implacables.

—¿Por qué no duermes?

—No tengo sueño, conde.

—Sería mejor que durmieras.

El forastero parpadeó nerviosamente, luego cerró los ojos y trató de parecer dormido. De vez en cuando, a través de los párpados entrecerrados, le echaba una mirada a Freyga y trataba de repetir una plegaria a su santo patrono sin mover los labios.

A ojos de Freyga era una araña gorda y negra. Su cuerpo irradiaba obscuridad, envolviendo el salón como una telaraña.

El viento amainaba y daba paso al silencio. Freyga escuchó los gemidos de su mujer, un ruido lánguido y seco.